

Sobre el trabajo de Carmen Médici de Steiner «Los niños y sus sueños»



JOSÉ BARREIRO¹

Este texto escrito hace treinta años mantiene vigencia por su revisión crítica del conocimiento psicoanalítico teórico y práctico acerca de los sueños infantiles, tema sobre el que aún hoy hay escasa literatura. Dos años después, en 1995, Carmen Médici (C. M.) refiere así a este trabajo:

En *Los niños y sus sueños* (1993), planteo si en el análisis de los sueños infantiles no nos quedamos detenidos en el Freud de la primera tópica, y en él preguntaba: ¿Dónde dejamos al Freud de los sueños traumáticos, al Freud de la pulsión de muerte en el trabajo interpretativo de los sueños de la infancia? Como no todos los sueños son portadores de deseos, durante el análisis de niños habría que pesquisar, además de los sueños de deseo y los sueños repetitivos libidinales (con o sin angustia), la presencia de sueños repetitivos no libidinales: sueños traumáticos y sueños trauma *Los sueños traumáticos...* serían compuestos oníricos no marcados por la satisfacción de los deseos libidinales, y por su naturaleza repiten compulsivamente situaciones, contenidos y emociones traumáticas pasadas. (p. 73)

[Por otra parte,] los *sueños trauma* serían en sí mismos, un acto traumático. Los contenidos latentes irrumpen casi directamente en el soñante y resultan tan aterradoras que dan lugar a una situación traumática. Su comprensión es casi inaccesible en el trabajo analítico y, en ese sentido, se diferencian de las *pesadillas* porque, a pesar de su intensa angustia, estas son más elaborables. (p. 73)

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. jjjabbbuy@gmail.com

C. M. se cuestiona si, durante el tratamiento, se identifica adecuadamente en los sueños (u otras formaciones del inconsciente) el devastador alcance de la pulsión destructiva.

Para pensar los *sueños traumáticos* en niños, ella se apoya cuidadosamente en la obra de Freud y los desarrollos kleinianos que parten de la *equivalencia psíquica entre sueño y juego*. ¿El *fort-da* sería el equivalente lúdico de un sueño traumático? Dice C. M.:

En este infante [Ernest, el nieto de Freud], durante su jugar [al *fort-da* a los dieciocho meses, ante la partida transitoria de la madre] y durante su soñar [a los veinte meses, la noche previa a la partida de su padre a la guerra], se sucederían *fenómenos psíquicos homologables*. En ambos, reiteradamente aparecería la misma representación junto con idéntica emoción: ante una eventual pérdida o alejamiento, el niño expresa su valencia y la angustia no se manifiesta (es él quien abandona, y no el abandonado); en el estado de dormir dichos afectos se mantienen inmodificados y la angustia es francamente expresada. (itálicas mías)

A mi entender, Winnicott nos ayudará a desentrañar esto un poco más. Con su formación kleiniana, homologará muchas veces el soñar y el jugar. Hasta que, en *Realidad y juego* (1971/1979), aporta otra perspectiva. Dice Pontalis (1971/1979) en el Prólogo:

Hay en el juego algo que aún no encontró su lugar en la bibliografía psicoanalítica [...]. Al psicoanalista tiene que resultarle valioso que se le recuerde a cada instante, no solo lo que se le debe a Freud, sino también lo que le debemos a esa cosa natural y universal que llamamos juego. (p. 42)

El *fort-da* podría servir para mostrar un deslizamiento desde un juego simbólico (como el que Freud le asigna, en este caso vinculado a la ausencia/presencia de la madre) a mirarlo -con la ayuda de Winnicott- como un hacer que se torna en jugar, gracias a la presencia del otro-ambiente que vela por la omnipotencia del niño: recogiendo los objetos que él tira, escuchando e interpretando con la violencia necesaria los «o-o-o-o» y los «a-a-a-a», abriendo un espacio para que, en ese acto de jugar, el niño advenga a ser. El

fort-da, más que el encierro estéril en la compulsión traumática, propone un trabajo elaborativo. Es un jugar de pleno derecho, que logra crear una escena, dominarla, generando cierta autonomía en relación con la pasividad penosa que propone la realidad. Por eso me cuestiono el homologar jugar-soñar.

Según Mario Wasserman (2003),

Melanie Klein establece una analogía estructural entre sueños y juegos, esto no quiere decir que el sueño y el juego sean exactamente lo mismo. Hay elementos que diferencian el juego del sueño y uno de los esenciales, que señala Winnicott, es que en el juego hay una manipulación de cosas, hay un hacer que compromete a la musculatura. (párr. 16)

Otra diferencia entre el jugar y el soñar es que se puede *jugar* con *otro*, pero no se puede *soñar* con *otro*. El *otro* del sueño no es el mismo que el *otro* del juego. La palabra del otro, en la sesión y en relación con un sueño, además de sentido, aporta *presencia*. El *fort-da* construye, en relación con lo traumático, psiquismo, capacidades simbólicas en el niño.

Hace años, en una conversación informal con Ángel Garma, alguien le preguntó si al cabo de tantos años interpretando sueños ajenos, no se modificaban los suyos propios: «Es que los sueños me sueñan», le escuché responder. C. M. cita a Garma: «el yo dormido de un individuo juzgará erróneamente que lo traumático que está percibiendo no son puras fantasías sino que constituyen una visión de sucesos que le están ocurriendo verdaderamente en su mundo exterior». También cita a Serge Lebovici (1981): «no es el trauma, en tanto inscrito en la sucesión de los hechos, lo que organiza la neurosis sino que es el sueño del Hombre de los Lobos el trauma patógeno» (p. 141).

Wasserman hablará de pseudosueños y también de pseudojuegos. Y mostrará, apoyado en autores como Bion, que el dormir es un logro, y más aun el soñar. Entonces existen *otros sueños* que los de deseos. Subrayo lo de *otros sueños* para abrir más aun el espectro del soñar: no solo que puede haber sueños traumáticos que no respondan a la realización de deseo, sino que no respondan al trabajo elaborativo que los lleva a ser nombrados e interpretados como sueños. Hay sueños que en su precariedad casi no son soñar. Lo mismo pasa con el jugar, que, como dice A. Green (1996), puede degradarse en una «una actualización desimbolizante» (p. 284).

No se le pasan por alto a C. M. dificultades en relación con *otros sueños* cuando se ocupa de la fecunda distinción que trabaja Winnicott entre sueño y ensoñación. Sin embargo, el texto no repara en este territorio que plantea Wasserman, que abriría más aun el espectro de lo que llamamos soñar: por ejemplo la tipología de la escuela psicósomática de Pierre Marty (que diferencia sueños operatorios, repetitivos y crudos).

El *fort-da* como logro del jugar me evoca una entrevista del año 2000 (Prengler C., 23 de noviembre de 2020) realizada al nieto de Freud, Ernest, que a sus 85 años –siendo él mismo psicoanalista– mostraba cómo el *fort-da* formó parte de su largo camino de resiliencia; hubo de sobrevivir a múltiples pérdidas en la infancia (la muerte de su madre embarazada, la de su hermano, la de su padre, etc.), pero contando con presencias como la de su tía Anna, quien –con veinticinco años cuando falleció su hermana– se involucró en el cuidado de sus dos sobrinos, Ernest y Heinerle.

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA TÉCNICA

C. M. se pregunta sobre qué lugar se le da al sueño en el análisis infantil y distingue dos posturas encontradas: hay psicoanalistas que desestiman, en mayor o menor medida, las producciones oníricas, y otros que las estiman. De quienes las desestiman dice que para ellos los sueños tendrían una relevancia inferior a las actividades lúdicas, dibujos, verbalizaciones, acciones y demás expresiones infantiles.

En mi experiencia, trabajando sobre todo con varones en edad escolar, son escasos los sueños que me relatan espontáneamente a lo largo del tratamiento. No creo que sea, como dice C. M., por desestimarlos. Tampoco creo que esté determinado unilateralmente por las características o circunstancias de ciertos pacientes, como proponen ella y otros autores². En su trabajo de 1995, las soñantes son todas niñas en transferencia po-

2 «que los niños cuya sintomatología involucraba predominantemente una sola zona erótica (como mojar la cama, ensuciarse, chuparse el dedo) reportaban sueños con más frecuencia y los usaban en el trabajo analítico» (Sterba, citado en Blom, 1960, p. 517).

sitiva. La cuestión me interroga. Creo que los sueños «nos sueñan» para ser vividos más que para ser recordados. Y muchas veces recordamos sueños generativos, reparatorios, como sucede en el trabajo de duelo. Y otras, sueños traumáticos. A veces no recordarlos es parte de un trabajo silencioso de elaboración.

Importa la distinción que hace Piaget (1926/1984) de tres etapas sucesivas en relación con el sueño (p. 87). En la primera etapa (a los cinco o seis años), el niño cree que el sueño viene de fuera, se sitúa en la habitación, y por eso se sueña con los ojos. Al despertar, se sigue teniendo el sueño por verdadero, por objetivo. Y, por sobre todo, el recuerdo del sueño se confunde con el recuerdo de la vigilia. Esta imagen no es verdadera, en el sentido de que no representa hechos reales, pero existe objetivamente, en tanto imagen: es exterior al niño y no tiene nada de un objeto mental (lo que parece evidente al despertar de las pesadillas). En la segunda etapa (de siete a ocho años), el sueño proviene del niño –de la cabeza, del pensamiento, de la voz–, pero le es exterior. El sueño está en la habitación, delante de nosotros. Por eso se sueña con los ojos, se mira un cuadro exterior. Exterior no quiere decir verdadero: el sueño es falso, pero consiste en una imagen que existe en el exterior, como la imagen de un ogro puede existir sin corresponder a nada. Esta concepción testimonia el realismo infantil. El niño ha aprendido que el sueño proviene de él mismo, de su cabeza, pero no puede comprender que una imagen no sea «exterior» en el momento en el que la contempla. Winnicott (1971/1995) toma la idea de que los sueños transcurren afuera en el ejemplo de Diana, la niña de cinco años que acompaña a su madre a una consulta. Apenas abre la puerta, se presenta una niña ansiosa, que ofrece un osito, que es por quien primero él se interesa. Durante el juego, la niña pone a dormir a sus bebés (el osito y un cordero), y rodea sus cabezas con más juguetes. Entonces es cuando Winnicott le comenta: «Oh mirá –le dice– estás poniendo alrededor de la cabeza de esos bebés los sueños que tienen mientras duermen» (p. 44). En la tercera etapa (entre los nueve y diez años), hay una interiorización progresiva de las imágenes, el sueño está situado en la cabeza (o en los ojos), y se sueña con el pensamiento, o también con los ojos, pero interiormente. A este estadio se accede cuando comienza a haber participación en la imagen del sueño, por un sistema próximo a la proyección. El sueño es interior y

de origen interno. Entre los cinco y diez años, el niño va construyendo en un largo recorrido la distinción entre la imagen y lo externo.

Lebovici (1981) rescata la perspectiva evolutiva, genética y operativa de Piaget en el momento de referir a los trabajos psicoanalíticos, más bien escasos, que se interesan por el relato del sueño del niño. «En el psicoanálisis los niños mezclan de una manera difícil de disociar sus fantasías y sus producciones oníricas. Los métodos expresivos mediante el dibujo y el juego que les son propuestos no los alientan a hablar de sus sueños» (p 147).

Creo que el niño percibe la expectativa de su analista de que le cuente sus sueños. Puede ser que el *lugar inédito del acto*, específico del análisis infantil, no propicie que el niño cuente espontáneamente sus sueños. A su vez, no siempre es posible saber si el niño está narrando un sueño o una fantasía, o si el comienzo es quizás un sueño, y el resto inventado.

En la famosa polémica sobre investigación en psicoanálisis entre André Green y Daniel Stern, Green preguntó, en el transcurso del debate: «¿Vamos a privilegiar al niño o al sueño en nuestro pensamiento? (citado en McClean, 15 de noviembre de 2018, párr. 5)». Creía inequívocamente que deberíamos privilegiar el sueño y sugirió que los conceptos más valiosos y esclarecedores dentro del psicoanálisis se derivan de la comprensión del sueño. Por sueño incluye el sueño mismo, pero también el sueño como manifiesto en la transferencia y en el juego. Citó con aprobación la creencia de Winnicott de que en el curso del *juego del garabato*, el momento crucial es cuando el niño está listo para contar un sueño que lo lleva al mundo de la realidad psíquica y la elaboración del significado. Al revés de lo expresado por Lebovici, este juego facilita la situación para que el niño relate sus sueños.

En la actual cultura multimedia, las imágenes de los videojuegos invaden los juegos de los niños. ¿También preñarán así sus sueños? Es habitual que los niños o sus padres creen que las pesadillas son causadas por imágenes inapropiadas vistas el día anterior. Por otra parte, hay quien propone que esta cultura propicia la marginación de los sueños.

El trabajo de Carmen me deja el anhelo de escuchar más a los niños relatando sus sueños. ¿Es posible? ¿Cómo es que ella lo logra? No me parece que sea por reiterarle sistemáticamente al niño que en la base del trabajo analítico, junto con el jugar, dibujar, hablar, se espera que relate lo

soñado, como ha propuesto Mercedes Freire de Garbarino (1986). Pero es cierto que no siempre habilito, aunque más no fuera con una mención, que el niño relate sus sueños, como suelo hacerlo con los adultos. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Blom, G. (1960). The role of de dream in child analysis. *Scientific Proceedings*, 8, 517-525. <https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/000306516000800308>
- Freire de Garbarino, M. (1986). La entrevista de juego. En M. Freire de Garbarino (comp.), *El juego en psicoanálisis de niños*. Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Green, A. (1996). *La metapsicología revisitada*. Eudeba.
- Prengler C., A. (23 de noviembre de 2020). El niño del carretel: Una visita a W. Ernest Freud. *tend*, 5. <http://tend.uy/articulos/el-nino-del-carretel-una-visita-a-w-ernest-freud/>
- Lebovici, S. (1981). El psicoanalista del niño y el sueño. En R. Diatkine, E. Ferreiro, E. García Reinoso, S. Lebovici y J. C. Volnovich, *Problemas de la interpretación en psicoanálisis de niños*. Gedisa.
- McClean, J. (15 de noviembre de 2018). The baby or the dream: How our theory influences what we can observe. *Psychoanalysis Downunder*. <https://www.psychoanalysisdownunder.com.au/articles/2018/11/15/the-baby-or-the-dream-how-our-theory-influences-what-we-can-observe>
- Médici, C. (s. f.). Analizando sueños de niños. *Revista de APPIA*, 69-76. https://nanopdf.com/download/analizando-sueos-de-nios-bvs-psi_pdf# (Trabajo original publicado en 1995).
- Piaget, J. (1984). *La representación del mundo en el niño*. Morata. (Trabajo original publicado en 1926).
- Pontalis, J.-B. (1995). Prólogo. En D. W. Winnicott, *Realidad y juego*. Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971).
- Wasserman, M. (2002). Sobre los sueños y el dormir en la infancia. *Fort-Da*, 5. <https://www.fort-da.org/fort-da5/dormir.htm>
- Wasserman, M. (2003). Pensando en jugar. *Fort-Da*, 6. <https://www.fort-da.org/fort-da6/waserman.htm>
- Winnicott, D. W. (1995). *Realidad y juego*. Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971).